



PLEGARIA

Que hice sobre la Acrópolis cuando llegué a comprender su perfecta belleza.

(Traducción de Cornelio Hispano)



¡Oh nobleza! ¡Oh belleza sencilla y verdadera! Diosa cuyo culto significa razón y sabiduría, tú cuyo templo es una lección eterna de conciencia y de sinceridad, tarde llego al umbral de tus misterios; traigo a tu altar muchos remordimientos. Para hallarte han sido menester desvelos infinitos. La iniciación que tú concedías al ateniense, al nacer, con una sonrisa, yo la he conquistado a fuerza de reflexión, al precio de largos esfuerzos.

Yo nací, diosa de los ojos azules, de padres bárbaros, entre los Cimerios buenos y virtuosos que habitan a la orilla de un mar sombrío, de rocas escarpadas, batidas siempre por las tormentas. Allí apenas se conoce el sol; las flores son los musgos marinos, las algas y las conchas multicolores que se encuentran en el fondo de las bahías solitarias. Allí las nubes parecen sin color, y la misma alegría es algo triste; pero allí manan de las rocas fuentes de agua fría y los ojos de las jóvenes se asemejan a esas verdes fuentes donde, sobre fondos de hierbas onduladas, se mira el cielo.

Mis padres, tan atrás cuanto podemos remontarnos, vivían consagrados a las navegaciones remotas, por mares que ignoraron los argonautas. Yo oí, cuando era niño, las canciones de los viajes polares; fui arrullado al recuerdo de los témpanos flotantes, de los piélagos brumosos y blancos como

la leche, de las islas pobladas de aves que cantaban a sus horas, y que, alzando el vuelo en banda, obscurecían el cielo.

Fuí educado por sacerdotes de un culto extraño, salido de los sirios de Palestina. Ellos eran sabios y santos. Me enseñaron las largas historias de Cronos, que creó el mundo, y de su hijo que, se dice, hizo un viaje a la tierra. Sus templos son tres veces más altos que el tuyo, ¡oh Euritmia! y parecen florestas; pero no son sólidos y se derrumban al cabo de quinientos o seiscientos años. Son fantasías de bárbaros que imaginan que se puede hacer bien algo fuera de las reglas que tú trazas a tus inspirados, ¡oh Razón! Pero estos templos me agradaban; yo no había estudiado tu arte divino, y en ellos encontré a Dios. Allí cantaban himnos de los cuales me acuerdo aún: *Salve estrella del mar...* *Reina de los que gimen en este valle de lágrimas*, o bien: *Rosa mística*, *Torre de marfil*, *Casa de oro*, *Estrella matutina...* Escucha, diosa: cuando me acuerdo de esos cánticos, se derrite mi corazón y casi me torno apóstata. Perdóname esta ridiculez; tú no puedes figurarte el encanto de que los magos bárbaros han impregnado esos versos y el dolor con que sigo tras la razón desnuda.

Y luego, ¡si supieras cuán difícil ha llegado a ser servirte! Toda nobleza ha desaparecido. Los escitas han conquistado el mundo. Ya no hay república de hombres libres; sólo quedan reyes hijos de sangre impura, majestades que te harían reír. Cargantes hiperbóreos llaman ligeros a los que te sirven... Una pambeocia terrible, una liga de todas las tonterías, extiende sobre el mundo una plancha de plomo bajo la cual nos asfixiamos. Aun para aquellos que te honran, ¡cuánta piedad debes tener! ¿Te acuerdas de aquel caledonio que, hace cincuenta años, rompió tu templo a golpes de martillo para transportarlo a Tule? Así proceden todos..... Yo escribí, según algunas de las reglas que tú amas ¡oh Teonea! la vida del joven dios a quien serví en mi infancia, y me tratan como a un Evhemero; me escriben para preguntarme qué objeto me propuse. Ellos no estiman sino lo que sirve para hacer fructificar sus bolsas de mercaderes. ¿Y para qué se escribe la vida de los dioses ¡oh Cielo! si no es para hacer amar lo divino que hubo en ellos, y para demostrar que eso divino vive aún y vivirá eternamente en el corazón de la humanidad?

¿Recuerdas aquel día, bajo el arcontado de Dionisodoro, en que un chiquito y feo judío, que hablaba el griego de los sirios, vino aquí, recorrió tus pórticos sin comprenderte, leyó tus inscripciones al revés y creyó encontrar en tu recinto un altar dedicado a un dios que sería *el dios desconocido*? Pues bien, aquel judío ha triunfado. ¡Durante mil años te han llamado ídolo, oh Verdad! Durante mil años el mundo ha sido un desierto en el que no germinaba una flor. Durante ese tiempo tú te callaste ¡oh Salpíngel!, clarín del pensamiento. Diosa del orden, imagen de la estabilidad celeste, éramos culpables por amarte, y hoy que, a fuerza de concienzuda labor hemos logrado aproximarnos a tí, nos acusan de haber cometido un crimen contra el espíritu humano al destrozár cadenas que ignoró Platón.

Tú sola eres joven ¡oh Cora! Tú sola eres pura ¡oh Virgen! Tú sola eres sana ¡oh Higía! Tú sola eres fuerte ¡oh Victoria! Tú guardas las ciudades ¡oh Promacos! Tú tienes lo que debes tener de Marte ¡oh Area! La paz es tu fin ¡oh Pacífica! Legisladora, fuente de las constituciones justas, Democracia, tú cuyo dogma fundamental es que todo bien viene del pueblo, y que, donde no hay pueblo para nutrir e inspirar al genio, no hay nada, enséñanos a extraer el diamante de las muchedumbres impuras. Providencia de Júpiter, obrera divina, madre de toda industria, protectora del trabajo ¡oh Erganea! Tú que haces la nobleza del trabajador civilizado y le pones tan por encima del escita perezoso; Sabiduría, tú que Zeus engendró después de haberse reconcentrado sobre sí mismo, después de haber respirado profundamente; tú que habitas en tu padre, completamente unida a su esencia; tú que eres su compañera y su conciencia; Energía de Zeus, chispa que enciende y mantiene el fuego en los héroes y en los hombres de genio, haz de nosotros espiritualistas cumplidos. El día en que los atenienses y los rodios lucharon por el sacrificio, tú preferiste habitar con los atenienses por ser más sabios. Tu padre, sin embargo, hizo descender a Plutón en una nube de oro sobre la ciudad de los rodios, porque ellos también habían rendido homenaje a su hija. Los rodios fueron ricos, pero los atenienses tuvieron el genio, es decir la verdadera alegría, la eterna alegría, la divina infancia del corazón.

El mundo no se salvará sino volviendo a tí, repudiando sus ligaduras bárbaras. Corramos, acudamos

en tropel. ¡Qué bello día aquel en que todas las ciudades que han recogido despojos de tu templo, Venecia, París, Londres, Copenhague, repararán sus robos, formarán teorías sagradas para restituir los despojos que poseen, diciendo: *¡Perdónanos, diosa! ¡Era para salvarlos de los malos genios de la noche!*—y reedificarán tus muros al són de la flauta, para expiar el crimen del infame Lisandro. Después irán a Esparta a maldecir el suelo donde fué aquella maestra de errores sombríos, y a insultarla porque ya no existe.

Firme en tí, yo resistiré a mis fatales consejeros; a mi escepticismo que me hace dudar del pueblo; a mi inquietud de espíritu que, cuando he hallado la verdad, me la hace buscar siempre; a mi fantasía que, después de que la razón se ha impuesto, me impide sosegarme. ¡Oh Arquegeta! Ideal que el genio encarna en sus obras maestras, yo prefiero ser el último en tu casa que el primero fuera. Sí, yo me asiré al estilobato de tu templo; olvidaré toda disciplina que no sea la tuya, me haré estilista sobre tus columnas; mi ceida estará sobre tu arquitrabe. Y aun algo más difícil: por tí me haré, si puedo, intolerante, parcial. Sólo a tí amaré. Yo voy a aprender tu lengua y a desaprender todo lo demás. Seré injusto con el que no te pertenezca; me haré el servidor del último de tus hijos. Los habitantes actuales de la tierra que tú diste a Erecteo, yo los exaltaré y los ensalzaré y trataré de amar hasta sus defectos; yo me persuadiré ¡oh Hipia! que descienden de los caballeros que celebraron allá arriba, sobre el mármol de tu friso, su fiesta eterna. Yo arrancaré de mi corazón toda fibra que no sea razón y arte puro. Dejaré de amar mis enfermedades, y de complacerme en mi fiebre. Sostén mi firme propósito ¡oh Salutaria! Acórre-me ¡oh tú que salvas!

Cuántas dificultades, en efecto, preveo. Cuántos hábitos espirituales tendré que cambiar. Cuántos recuerdos hechiceros deberé arrancar de mi corazón. Ensayaré, mas no me siento seguro de mí mismo. Tarde te he conocido, belleza perfecta. Yo sufriré vacilaciones, debilidades. Una filosofía, perversa, sin duda, me ha hecho creer que el bien y el mal, el placer y el dolor, lo bello y lo feo, la razón y la locura se transforman los unos en los otros por matices tan indiscernibles como los del cuello de la paloma. No amar nada, no odiar nada absolutamente, llega a ser sabiduría. Si una

sociedad, si una filosofía, si una religión hubiera poseído la verdad absoluta, esa sociedad, esa filosofía, esa religión habría vencido las demás y viviría sola en la hora presente. Todos los que hasta hoy han creído tener razón se han engañado, claramente lo vemos. ¿Podemos nosotros sin loca presunción creer que el porvenir no nos juzgará como nosotros juzgamos el pasado? He ahí las blasfemias que me sugiere mi espíritu profundamente relajado. Una literatura que, como la tuya, fuera sana del todo, no excitaría ahora más que el tedio.

Tú sonríes de mi ingenuidad. Sí, el tedio... Estamos corrompidos. ¿Qué hacer? Iré más lejos, diosa ortodoxa: yo te diré la depravación íntima de mi corazón. Razón y buen sentido no bastan. Hay poesía en el Estrimón helado y en la embriaguez del tracio. Vendrán siglos en que tus discípulos pasarán por los discípulos del tedio. El mundo es más grande de lo que tú crees. Si tú hubieras visto las nieves del polo y los misterios del cielo austral, tu frente ¡oh diosa siempre serena! no sería tan apacible; tu cabeza, más grande, abrazaría diversos géneros de belleza.

Tú eres verdadera, pura, perfecta; tu mármol no tiene mancha; pero el templo de Hagia Sofía, que está en Bizancio, produce también un efecto divino con sus ladrillos y su yeso. El es la imagen de la bóveda del cielo. El se derrumbará; pero si tu celda fuera tan grande que pudiera contener una multitud, se derrumbaría también.

Un inmenso río de olvido nos arrastra en un abismo sin nombre. ¡Oh abismo, tú eres el dios único! Las lágrimas de todos los pueblos son verdaderas lágrimas; los sueños de todos los sabios encierran una parte de verdad. Todo es aquí en el mundo símbolo y sueño. Los dioses pasan como los hombres, y no sería bueno que fuesen eternos. La fe que se ha tenido no debe ser jamás una cadena. Queda uno en paz con ella cuando la ha envuelto cuidadosamente en el sudario de púrpura en donde duermen los dioses muertos.

ERNESTO RENAN.



Dreamland

(Traducción de Carlos Arturo Torres)

I

En una senda abandonada y triste
que recorren tan sólo ángeles malos,
una extraña Deidad, la negra Noche,
ha erigido su trono solitario.
Allí llegué una vez; crucé atrevido
de Thule ignota los contornos vagos
y al Reino entré que extiende sus confines
fuera del Tiempo y fuera del Espacio.

II

Valles sin lindes, mares sin riberas,
cavernas, bosques densos y titánicos,
montañas que a los cielos desafían
y hunden la base en insondables lagos,
en lagos insondables siempre mudos
de misteriosos bordes escarpados,
gélidos lagos, cuyas muertas aguas
un cielo copian tétrico y extraño.

III

Orillas de esos lagos que reflejan
siempre un cielo fatídico y hurano,
cerca de aquellos bosques gigantescos,
enfrente de esos negros océanos,
al pie de aquellos montes formidables,
de esas cavernas en los hondos antros,
vense a veces fantasmas silenciosos
que pasan a lo lejos sollozando,
fúnebres y dolientes... ¡Son aquellos
amigos que por siempre nos dejaron,
caros amigos para siempre idos,
fuera del Tiempo y fuera del Espacio!

IV

Para el alma nutrida de pesares,
para el transido corazón, acaso
es el asilo de la paz suprema,
del reposo y la calma en Eldorado.
Pero el viajero que azorado cruza
la región no contempla sin espantos
que a los mortales ojos sus misterios
perennemente seguirán sellados,
así lo quiere la Deidad sombría
que tiene allí su imperio incontrastado.

V

Por esa senda desolada y triste
que recorren tan sólo ángeles malos,
senda fatal donde la Diosa Noche
ha erigido su trono solitario,
donde la inexplorada, última Thule
esfuma en sombras sus contornos vagos,
con el alma abrumada de pesares,
transido el corazón, he paseado . . .
¡He paseado en pos de los que huyeron
fuera del Tiempo y fuera del Espacio!

EDGARD ALLAN POE.



El lecho

Y A ostente colgadura de raso o tosca tela,
ya esté cual grave tumba o como alegre nido,
allí es donde se nace, se duerme y se está unido,
infante, esposo, anciano, mujer, virgen o abuela.

En él, féretro o tálamo, que bendecir se anhela,
rociando el Cristo de ébano o el azahar florido,
todo comienza y muere, y el sol que hemos querido
se extingue con el pábilo de la mortuoria vela.

Cerrado humilde y rústico, o airoso, abriendo al techo
su pabellón bordado de estrellas refulgente,
de ruda encina sea o de arce lo hayan hecho,

feliz el que sin penas, ni sueños incoherentes,
dormir puede en el sólido, paterno y santo lecho,
donde han nacido y muerto sus nobles ascendientes.

JOSÉ MARÍA DE HEREDIA.

Días de otoño

No sé de nada más reparador, nada más dulce, que saborear los días grises, sin horas, sin tintes cambiantes, en que el océano y el cielo, como adormecidos, parecen reflejarse, fundirse en algo vago, lejano, — una gran cortina de gasa flotante que ocultase el infinito.

Los barcos anclados, inmóviles, semejan negros cuervos marinos que se ciernen sobre las aguas. Se adivina al sol por los resplandores nacarados que platean a intervalos el gris.

Las altas escarpas destrozadas pierden sus contornos, y ya no se ven aparecer esas sombras macizas que se alargan sobre las rocas tapizadas de ovas y sobre los charcos profundos en que las anémonas marinas dilatan sus pétalos babosos.

El aire en calma tiene leves sonoridades que se prolongan como ecos. Las olas, apenas onduladas, se quiebran sin fuerza, en la arena descolorida, como el cielo y el agua.

Son los instantes de tranquila melancolía en que se intenta resucitar los ensueños muertos del pasado, en que se busca el tormento exquisito del recuerdo, en que no se siente la fuerza de amar de nuevo, de aparejar hacia lo desconocido del día siguiente.

Mejores que los tórridos mediodías de agosto, en que el sol flamea en medio de los trigos maduros, en que se ocultan las aves bajo las hojas incendiadas; mejores que las albas de abril, en que las flores de los cerezos se esparcen como una nieve odorante, por los caminos, cubiertos de yerba salvaje; mejores que los crepúsculos violeta en que la luna sube como un globo rosa por detrás de las colinas; días lentos y muelles, que matan el corazón y adormecen el ser.

Diríanse los abrazos envolventes de una mujer que hubiese venido decidida a los adioses de la ruptura, y que, no atreviéndose a pronunciar las palabras crueles, hunde su cabeza blonda, llorando, en nuestros brazos, tendidos hacia ella.

PAUL BOURGET.

Las manos

OH manos de mujeres encontradas
una vez en el sueño o en la vida;
manos, por la pasión enloquecida
opresas una vez, o desfloradas
con la boca, en el sueño o en la vida!

Frías, muy frías algunas, como cosas
muertas, de hielo (¡cuánto desconsuelo!)
o tibias cual extraño terciopelo,
parecían vivir, parecían rosas:
¿rosas de qué jardín de ignoto suelo?

Nos dejaron algunas tal fragancia
y tan tenaz, que en una noche entera
brotó en el corazón la primavera,
y tanto embalsamó la muda estancia,
que más aromas el abril no diera.

Otra, que acaso ardía el fuego extremo
de un alma (¿dónde estás, oh breve mano
intacta ya, que con fervor insano
oprimí?) clama con dolor supremo:
¡Tú me pudiste acariciar no en vano!

De otra viene el deseo, el violento
deseo que las carnes nos azota,
y suscita en el ánimo la ignota
caricia de la alcoba, el morir lento
bajo ese gesto que la sangre agota.

Otras (¿aquellas?) fueron homicidas,
maravillosas en engaños fueron:
de Arabia los perfumes no pudieron
endulzarlas, hermosas y vendidas
cuántos ¡ay! ¡por besarlas perecieron!

Otras (¿las mismas?) de marmóreo brillo
y más potentes que la recia espira,
nos congelaron de demencia o ira,
y las sacrificamos al cuchillo.
(Y, ni en sueños, la manca se retira.

Vive en el sueño inmóvilmente erguida
la atroz mujer sin manos. Junto brota
fuente de sangre y sin cesar rebota
el par de manos en la enrojecida
charca, sin salpicarse de una gota).

Otras, como las manos de María,
hostias fueron de luz vivificante,
y en su dedo anular brilló el diamante
entre la angusta ceremonia pía:
¡jamás sobre los rizos del amante!

Otras, cuasi viriles, que oprimimos
con pasión, de nosotros la pavora
arrebataron y la fiebre obscura,
y anhelando la gloria, presentimos
iluminarse la virtud futura.

Otras nos produjeron un profundo
calofrío de espasmos sin iguales;
y comprendimos que sus liliales
palmas podrían encerrar un mundo
inmenso, con sus Bienes y sus Males!

¡Oh alma, con sus Bienes y sus Males!

GABRIEL D'ANNUNZIO.



Meditación del Tetrarca

TODOS aquellos montes que se alzaban en torno suyo, a modo de grandes olas petrificadas; las negras simas que se abrían en los acantilados, la inmensidad del cielo azul, el brillo violento de la luz y la profundidad de los abismos turbaban su alma, invadida juntamente de una especie de desolación al espectáculo del desierto, que figura en la confusión de sus terrenos anfiteatros y palacios derruidos. El viento llevaba con el olor del azufre como la exhalación de las ciudades malditas sepultadas más abajo de la ribera que aprisiona las dormidas aguas. Esos signos de una cólera inmortal aterraban su pensamiento, y permanecía de codos sobre la balaustrada, con los ojos fijos y las sienas entre las manos.

GUSTAVO FLAUBERT.

Villancico

(Traducción de Miguel Pelayo)

Cuando iban a la India naves,
si eran cien las que zarpaban,
veinte, apenas, regresaban

Al regresar opulentas,
con gemas, oros y platas,
las apresaban piratas,
las destrozaban tormentas;
y al fin de luchas cruentas,
si eran cien las que zarpaban,
veinte, apenas, regresaban.

Fiado en vuestra clemencia,
os mandé naves de anhelo,
señora del rubio pelo,
martirio de mi existencia:
en muelles de la paciencia
mis días se deslizaban,
mas las naves no tornaban

Ví entre las ondas aviesas.
de tu desdén, destrozadas
mis naves, más desgraciadas
que las naves portuguesas;
que en tan violentas empresas
muchas veces se encontraban,
pero algunas regresaban



La camisa de Xantho

(Traducción de Miguel Pelayo)

Nadie fué más dichosa que yo, en tanto
de Xantho el lindo cuerpo acariciaba:
sólo cuando a la pila me mandaba
triste corría mi copioso llanto.

Mas en breve volvía junto a Xantho
y la dicha de nuevo me embargaba;
por nadie me trocara si besaba
su cuello fino de abrioleño encanto.

¡Pobre camisa! ¡Llora, pues perdiste
tus más encantadoras alegrías!
¡Qué inconsolable tu desgracia aguda!

¡Ha tres días que Xantho no te viste!
¡Entre los brazos de Antenor, tres días
y tres noches, viviendo está desnuda!

EUGENIO DE CASTRO.

Soledad

COMO cada mañana, estoy en espera. ¿Volverá?

Pienso en la tarde del adiós, en el ruido de la puerta que ella cerró sin ira, en el silencio que hubo en mi alma.

Como cada mañana, estoy en espera. ¿Volverá?

Ella entraría diciendo por decir algo: *Pasaba y vengo a ver si 'as' rosas no han sufrido con el invierno.*

Después sonreiría al jardincito, al horizonte quieto, y ya nunca partiría.



La noche

TÚ que la viste, el último, tú que fuiste a suplicarla que perdonara y volviera, mi amigo, mi franco amigo, di ¿qué hacía?

—Sobre el pretil del pozo miraba beber a los rebaños.

—Mi amigo, mi franco amigo, ¿qué le dijiste?

—Le señalé tu mansión y le dije: —*Te espera.* Pero enseguida bajó el rostro y me habló de rebaños.

—Mi amigo, mi franco amigo, dí, ¿temblaba su voz?

—Tan bajo hablaba y era tan grande el ruido de los zagales que escuché apenas su voz.

—Mi amigo, mi franco amigo, dí si al callarse miró hacia mi morada.

—Como cerraba la noche no se veía tu morada.

FRANZ TONUSSAIT.



Velando a Clara

¡Qué bien estás así, cabeza adolescente,
en la blandura tibia de la dulce almohada!
¡Qué nobleza la de tu palidez indolente,
la de tu melancólica desidia reclinada!

...Roja, la tarde muere en nubes suntuosas:
una algarada sorda nos llega de lo lejos....
La mano del ocaso prende pálidas rosas
entre las muselinas y allá por los espejos...

No sé qué palidez nos envuelve en penumbra,
aunque estamos tan cerca ¡a qué ilusión nos vamos!
...Súbita, una luz agria y equívoca se alumbra
y, como en otra estancia, de pronto, nos hallamos.

Te quejas...¡Qué ternura la de tu boca pálida,
donde la fiebre pinta sus falsas primaveras!
¡Cuán débilmente oprime tu fina mano cálida!
¡Cómo me miras desde tus enormes ojeras!

¡Ay! Si esa sombra trágica que te inunda, no fuese
más que el nublado vago del cansancio de un día!
¡Si mañana la aurora ¡levanta! te dijese,
y te irguieras segura, radiante de alegría!

¡Oh, sí, Señor, Señor, que padeciste tanto,
da otra vez su luz negra a ese mirar profundo!
¡Levanta esa cabeza que contiene en su encanto
todas la maravillas inmortales del mundo!

JUAN R. JIMÉNEZ.



Del vivir sin cuidados

(Traducción de J. del Castillo)

¿Para qué me enseñas las reglas y los argumen-
tos de los retóricos? ¿De qué me sirven tan pom-
posos discursos que nada aprovechan? Enséñame
más bien a beber el precioso licor de Lieo, enséña-
me más bien a jugar al lado de la rubia Venus.
Las canas cubren ya mi cabeza. Muchacho, dame
agua, derrama en ella el vino que adormece el
alma. En breve me enterrarás y el muerto nada
desea.

ANACREONTE.

Medusa

SE vió ondear la cimera del casco de Perseo,
brillar, como relámpago, la diamantina espada
y rodar la sangrienta cabeza enmarañada
como despojo antiguo de un bárbaro trofeo.

Resonaron las corvas riberas del Egeo
con fúnebre sollozo de playa abandonada;
en los Thesalios montes la pálida alborada
apareció indecisa con vago centelleo.

Un suave són de sistros sonaba a la distancia,
los myrtos en el aire volcaban su fragancia,
cruzaban los aleyones cantando su tristeza.

I, como pesadilla de sueños febricantes,
al levantar del lodo la lúgubre cabeza
el héroe, vió en sus manos un nido de serpientes.

LEOPOLDO DÍAZ.



Aguas muertas

¡AGUAS muertas, aguas inmóviles de matices
metálicos, circuidas de musgos de oro!

En los fúlgidos día del otoño parecéis un vasto
espejo en cuyo fondo duerme la sombra, y en las
horas lunares una campiña de esmeraldas lumino-
sas. De vuestro seno no se escapa el más tenue
ruido, porque yacéis muertas, cristalizadas sobre
las arenas profundas. Tal así, a veces, las ideas,
en el cerebro del hombre.

Mudas y glaciales, en los hondos silencios noctur-
nos sois un símbolo misterioso y sereno. Reflejáis
las sombras errantes de los pájaros y de las nubes;
en vuestra superficie dejan largamente los crepús-
culos trémulas estelas sangrientas, y rielan los es-
pectrales plenilunios; y la luna, mágica princesa,
va extrañamente a mirarse en vuesta lámina im-
pasible.

En vuestro líquido cristal caen, en octubre, las
hojas secas; y si el aire las mueve vagan allí como
cadáveres de mariposas. Los nenúfares son los
favoritos de vuestras frialdades; y ellos viven de
vuestra muerte, extraños y bellos, como todas las
cosas que brillan en el misterio.

FROYLÁN TURCIOS.

Ultima rima

(Traducción de Agustín F. Cuevas)

DEL sol poniente a las postreras luces,
sola, enlutada, reprimiendo el llanto,
mi tumba buscarás entre las cruces
del mudo y solitario camposanto.

Búscala entre la hierba enmarañada,
donde a los brazos de la cruz musgosa
se enreda la campánula morada
y trepa el tallo de la blanca rosa.

De mi pecho esas flores han brotado
y morir en el tuyo han de pedirte:
que son los versos que pensé a tu lado
y las ternezas que olvidé decirte.

OLINDO GUERRINI.



La sirena

(Versión de Eduardo Castillo)

HABÍA cierta vez un joven que habitaba en una ciudad vecina al mar. Todas las mañanas partía a dar un paseo por las playas y, de regreso, relataba que había visto una sirena, surgida de los profundos palacios de cristal del océano para mostrarse únicamente a sus ojos embelesados.... Muchas veces repitió aquel embuste, hasta que cierta madrugada, paseándose por la orilla del mar, vió de improvviso una sirena que se columpiaba muellemente en las olas azules y que peinaba su cabellera blonda, entretejida de verdes algas, con un peine de oro. Aquel día, al retornar a la ciudad, como alguien le preguntase si había visto de nuevo la sirena, callóse y no quiso responder.

OSCAR WILDE.

Jardín público

EN los jardines públicos hay un recogimiento de remanso, en las noches todas blancas de luna; camarín de los sueños de algún artista hambriento y de las buscadoras de amor y de fortuna.

Hay poetas, gallofos e inquietantes mujeres, son escombros de vida que reúne el acaso; y se cuentan con lágrimas los remotos placeres y en voz baja se dicen el dolor del fracaso.

¡Jardín de los bigardos y de esta poetambre que saben qué mal riman los sonetos y el hambre, mientras llora una fuente su pena cotidiana!

En todos los jardines hay un banco sombrío donde un hombre sin nombre murió de hambre y de frío, una noche. . . en el centro de esta ciudad cristiana.

EMILIO CARRERE.



Anhelo florido

AROMADO reposo. — En el jardín. — Ninguna pena. — La noche está para hacer madrigales. — Empieza a perfumarse la plata de la luna regada sobre el sueño floral de los rosales.

Fulge en la mansedumbre azul de la laguna áurea copia de estrellas; y mudos los nidales idílicos se aduermen blancamente bajo una nevada de jazmines y pródigos liriales.

Esta noche, jardín, todo en tí lo resume mi vida; loco anhelo que vivan mis ensueños vagando en tu silencio de amor y de perfume.

Y así conservar, libre de vicios y de males, florecido el espíritu de versos y de sueños como yacen poblados de rosas tus rosales.

ALFONSO GUILLÉN ZELAYA.

Alma en pena

(Traducción de Salomón de la Selva)

No hay en mi sendero guijarros ni espinas;
soy rica, soy joven, me brindan amor,
de noche hay estrellas, y risas, y fiestas,
de día canciones de aves y sol.

Pero en los confines de la luz incierta,
donde todo tiembla, se esfuma y se va,
me sigue el espectro de un Amor esquivo,
de mirar cansado, que no sabe hablar;

y mi alma está lejos, con la sombra huraña,
fuera de mí misma late el corazón,
en el mediodía me persigue el miedo
y en la noche siento desesperación . . .

HELEN HUNTINGTON.

¡VEN!

DE pie, sobre el peñón árido y solo
que el negro mar de mi dolor azota,
al cielo clamo y en el cielo busco
de mi dolor la incógnita.

Y ruge un viento de huracán; cabalga
la tempestad en las soberbias olas;
el horizonte se oscurece; tiembla,
como un cetáceo al expirar, la roca;
¡y no hay un trueno que acobarde el alma!
¡Y no hay un rayo que mi frente rompa!

Tú, que en galera empavesada cruzas
no lejos de la costa,
y rumbo fijas al divino puerto
donde el amor entona
el himno de sus sueños y esperanzas
y la canción eterna de sus bodas;
acércate a mi playa, tuerce el rumbo
y atiende al ruego de mis penas hondas,
antes de que mi cuerpo desfallezca
y mi cadáver en el mar recojas.

ANDRÉS MATA.

El hogar

IBA yo lentamente por la carretera que atraviesa el campo, cuando el sol caído como un avaro, guardaba en el ocaso su oro postrero. Se hundía la luz en la sombra, cada vez más baja, y la tierra viuda, segada ya su mies, yacía silenciosa.

De pronto se perdió en el cielo la aguda voz de un niño que cruzara, sin yo verlo, por la obscuridad, dejando la estela de su canción a través de la hora callada. Su hogar estaba allá, tras los cañaverales, al fin de los llanos yermos, perdido entre la sombra del plátano, de la grácil palmera, del cocotero y del árbol verdinegro del pan.

Me detuve un momento, en mi solitario caminar, a la luz de las estrellas. Ante mí, la tierra umbrrosa se tendía, abrazando una infinidad de hogares con cunas y lechos, con corazones de madre y lámparas de velada, con vidas jóvenes, alegres, de esa alegría que no sabe todo lo que vale para el mundo.

RABINDRANATH TAGORE.

DENTRO

¡PATRIA y alma!

Y el alma es también como la patria,
perdidas, dentro, sus orillas dobles
en el oro infinito de lo eterno.

Una abriga a la otra
como dos madres únicas
que fueran hijas de ellas mismas,
en turno de alegrías y tristezas.

Todo y sólo está en ellas,
a ellas tan sólo hay que entregarlo todo,
de ellas tan sólo hay que esperarlo todo,
de la cuna a la muerte.

... Ahora que el cuerpo entró en su patria,
el alma se le entra.

¡Así, bien lleno! ¡Así, todo completo!
¡Con mi alma, en mi patria!

JUAN RAMÓN JIMÉNEZ.

Medioeval

VILLANO, trovador, fraile o guerrero,
con hoz, breviario, bandolín o espada,
fuera hermoso vivir en la pasada
heroica edad del corazón de acero.

¡Fuera hermoso, en verdad! Si fraile austero
ver a Dios con extática mirada;
llevar por la Esperanza constelada
y la Fe, el alma, si infeliz pechero.

Si trovador, en el feudal castillo
cantar guerras y amor, al suave brillo
de los ojos de hermosa castellana.

Combatir, si guerrero, noche y día,
asaltar, lanza en mano, una abadía,
o acuchillar la hueste musulmana.

RICARDO JAIMES FREYRE.



Ven, entre los árboles

VEN, Lena, entre los árboles. A las puertas
de la ciudad llegan las puntas de sus ramas y los
murmullos de sus hojas. En sus frondas están los
dioses rústicos: Pan, el del caramillo, y Triptolemo
el sembrador. Pan se ocultará al verte, porque es
un viejo sátiro que tiembla al mirar un brazo des-
nudo. Mas Triptolemo no se ocultará, porque es
un joven casto y fuerte, atento sólo al cuidado de
sus laureles y a la poda de sus viñas.

MÉLEAGRO.

El guante



EN el circo a donde van a combatir los leones está sentado el Rey Trauz. En torno suyo los grandes personajes del Imperio y en los elevados balcones formán las damas brillante guirnalda.

El Rey hace una señal. Ábrese la jaula de los terribles animales y un león avanza lentamente; pasea sus miradas a su alrededor, bosteza, sacude su melena, y se tiende en la arena. Hace el Rey otra señal; otra puerta se abre y de un salto impetuoso penetra en el circo un tigre. Al aspecto del león, ruge, agita la cola, da vueltas a su alrededor y con un ronco murmullo se extiende a su lado.

El Rey hace otra señal: entonces la jaula vomita a la vez dos leopardos que se lanzan furiosos sobre el tigre. Este los recibe en sus poderosas garras. Se levanta rugiendo; luego hay un gran silencio, y los leopardos se tienden en la arena empapada en sangre.

En este momento cae entre el tigre y el león el guante de una linda mano...

La noble Cimegunda se dirige hacia el caballero de Lorges y le dice con aire burlón:

—Caballero, si vuestro amor es tan ardiente como me decíais hace poco, id a buscar mi guante

El caballero baja apresuradamente, se adelanta con paso firme por la terrible arena, y su atrevida mano coge el guante en medio de los dos monstruos

Los caballeros y las damas lo miran con sorpresa y terror, y cuando trae serenamente el guante, la alabanza se escapa de todas las bocas. Cimegunda lo acoge con una tierna mirada que le anuncia una felicidad cercana. Pero el caballero, arrojándole al rostro el guante, le dice:

—No quiero vuestro reconocimiento...

Y al instante se separa de ella.

JUAN FEDERICO SCHILLER.



Senderitos de mayo...

SENDERITOS de mayo, senderitos que vais al corazón de la montaña, con las ondulaciones de un requiebro, al corazón azul de las muchachas...

Senderitos que habéis amanecido, por las lluvias de anoche, esta mañana, con el rostro de un niño que sonríe; pero que antes lloraba

Olorosos a menta, a tierra húmeda, a leche y albahaca
endilgáis, con mis huesos, no sé a dónde...
mi dolor y nostalgias;
cuando con un andar, que no es el mío,
me voy tras algún pájaro que canta:
aquel *Dichosofuú*, que siempre llora,
siempre llora un amor sin esperanza.

Sois hermanos gemelos de las dulces blanduras de noviembre que azuladas aun tienen gris el Día de Difuntos: gris en el cielo y gris en la campana, y en esas mudas siestas del domingo, y en los vientos del Norte, y en el alma. Y en el triste gruñir de la cometa que los niños e'evan en la plaza...

Senderitos de mayo, senderitos que vais al corazón de la montaña, y conducís hasta la linfa pura a las dolientes vacas perfumadas...

¡Por qué no os confundís en uno solo, hasta saliros de la tierra amarga, y me lleváis hasta la fuente pía, la fuente pía que no encuentra mi alma!

LINO ARGÜELLO.

En un parque

PARQUE abandonado,
tristísimo parque,
¡si a ti regresaran
las cosas de antes!

La luna en los cielos
es como un cadáver,
la luz de la luna
hiela cuerpo y sangre.

¡Ay! Las secas hojas
de esos grandes árboles,
tan mudas, tan mudas
como si callasen
cosas de la vida
que sólo ellas saben!

Allá en las glorietas
bajo los boscajes,
en las avenidas
no hay nadie, no hay nadie.
No obstante, parece
que ha pasado alguien.
¿Un alma, una sombra?
¡Quién sabe, quién sabe!

LUIS ROSADO VEGA.

Madrigal

PUES que ya mi sumisa poesía
a conmoveiros hacia mí no alcanza,
y pues que os semejáís a la esperanza
en beldad y esquivéz, y en no ser mía;
no ocultéis a mi amor la seductora
piedad de esa divina semejanza,
y antes que enfermo el corazón delire,
dejáos ver, señora,
y aunque no me miréis dejad que os mire.

LEOPOLDO DE LA ROSA

Derechos reservados

La mujer verdadera

SER UNA suavidad más deseada que la primavera; una belleza corporal más acogedora que la arcada del rosal silvestre que corona el monte; ser una esencia más penetrante que el jugo exprimido de las viñas; una música encantadora, más que la apasionada pulsación de Filomela; ser todo eso en una sola y suave turgencia del seno, lo que la flor de la vida:—¡qué cosa tan extraña!

¡Qué extraña cosa ser lo que no puede ser para el hombre más que un sagrado secreto! El palio mismo de los cielos oculta la más pura profundidad y el brillo adorable de su alma; exactamente circunscrito, como todas las cosas menos visibles: la perla en su escondrijo bajo las ondas; el sello de verdura en forma de corazón que motea las campanillas de invierno, bajo la envoltura de la nieve.

DANTE GABRIEL ROSSETI.



LOS PINARES

EN el vasto paisaje peregrino
desafiando a los cielos se levantan
sobre el áspero cerro blanquecino
los perfumados árboles que cantan.

Cálido viento agita sus morriones
de forma grácil y verdor profundo
y en sus cumbres que azotan los ciclones
teje su nido el pájaro errabundo.

En el vago horizonte que se pierde
a la luz de la ignota lejanía
cambia el matiz de su follaje verde,

e iluminan los ojos de sorpresa
los tonos de su insólita armonía
de zafir, lapislázuli y turquesa.

FROYLÁN TURCIOS.

A una mujer vulgar

VACERÁS muerta, y de tí no habrá memoria nunca jamás; porque no participas de las rosas del Pierio. Obscurecida empero vagarás furiosa por las mansiones del Averno. Nadie te mirará volar de los muertos como un meteoro.

SAFO.



Sumarios de ESFINGE

NUMERO 30

Alma blanca — *Hortus torquorum*, Gabriel D'Annunzio. — *La nave entre hielos*, Arturo Graf. — *El madrigal del Hastio*. — *Las oníllas*, Frai cisco Villaespesa. — *Aurora*, Praseanwa Gotama. — *El mago*, Froylán Turcios. — *Clasicismo y romanticismo*, José Carducci. — *El triunfo dell'amore*, M. Díaz Rodríguez. — *Visión de pesadilla*. — *Española*, José Santos Chocano. — *Noche crocadora*, Ricardo Dehmel. — *La rubie*, Catulle Mendes. — *Lo que hizo Pedro*, Jean Aicard. — *En Roma*, Jean Wolfgang Goethe. — *Ciego!*, Juan R. Jiménez. — *La isla de la Felicidad*, Detlev de Liliencron. — *La noche blanca*, Ramón Díaz Mirte. — *Los primeros jazmines*, Rabindranath Tagore. — *A nivel del mar*, Carlos Villafañe. — *Ultima voluntad*, Federico Nietzsche. — *El retrato de la amada*, Miguel Rasch Isla. — *El oro*, Alfonso Guillón Zelaya. — *Un símbolo*, Angel Ganivet. — *Realidad*, José Asunción Silva. — *Retrato de José Martí*, Domingo Estrada. — *Día de diálogos*, Emilio Carrère. — *La vida interior*, José Enrique Rodó. — *Los siete dones*, Guillermo Valencia. — *Sumarios de ESFINGE*.

NUMERO 31

El dolor de pensar, Juan Ramón Molina. — *Sonata primavera*. — *Alba*, Leopoldo Lugones. — *Pe. arte e inmortalidad*, Leopoldo de la Rosa. — *El diluvio*, Eugenio de Castro. — *Parma*, Maurice Barrés. — *De viaje*, José Santos Chocano. — *Sílo, Señor, te pido...*, Rafael Arévalo Martínez. — *Busto de romano*, José R. Aránguez Cerna. — *Siglo XVIII*, Manuel Machado. — *Música callejera*, Georges Rodembach. — *El amor*, Juan María Guyan. — *Versos de Olofin*, Rubén Darío. — *La abertura de Leonora*, Ricardo Wagner. — *Casas del Cofé*, Rufino Blanco Fombona. — *El último vals*, Vicente Acosta. — *El catiburo del enterrador*, Delie Seraville. — *Virjas bíquimas*. — *En el sepulcro de María Bashkirska*, Froylán Turcios. — *En el mar*, Rafael Si va. — *La gólera sombría*, Amado Nervo. — *Diario íntimo*, Jorge Gordon Byron. — *El último centauro*, Víctor M. Londoño. — *La muerte era hermosa*, Paul de Saint-Victor. — *Los griegos*, Max Henríquez Ureña. — *El bosque de Toura*, Paul Fort. — *Oído casualmente en un Asilo*, Alfredo Kreyndborg. — *La sirinqua*, Pierre Louys. — *Un secreto*, R. W. Emerson. — *Lady Mordoun*, Jean Lorrain. — *Doubt*, Tomás Babington Macaulay.

= ESFINGE =

Aparece el 1º y 15 de cada mes

CONTIENE 24 PÁGINAS DE SELECTA LECTURA.

La colaboración será solicitada.

PRECIOS DE SUSCRIPCION:

Por un mes en la capital y departamentos..... \$ 0.75
Número suelto del día..... 0.50
Número atrasado..... 0.50

☞ Avisos en el forro: precio convencional ☜

Sumarios de ESFINGE.—Agradeceremos a las revistas y periódicos en quienes tengamos establecido el canje, reproducir los sumarios de esta publicación.

Reproducciones.—Esperamos que las publicaciones que reproduzcan los textos extranjeros de nuestro quinquenario, indiquen su procedencia.

Esto lo hacemos de estricta justicia; ya que nos ocasiona un trabajo especial la esmerada labor de selección.

EL GRAN TONO

PASTELERIA

REPOSTERIA

RESTAURANT

CALLE DEL COMERCIO — TEGUCIGALPA

Establecimiento de primer orden, nacido al calor de una necesidad muy sentida en la capital, y que llega con la pretensión de probar que en Tegucigalpa sobran elementos para complacer al público.

Muy en breve lo demostraremos

Trementina

a DOS PESOS arroba, compra en cualquier cantidad

LA ECONOMICA

SEBO

al mejor precio de la plaza compra en cualquier cantidad

LA ECONOMICA

Antonio Ch. Weiss & Cía.

COMERCiantes, IMPORTADORES.
—COMYAGÜELA— —TEGUCIGALPA—

Venta de toda clase de tejidos de seda, lana y algodón y artículos de lujo. Importación de artículos de Estados Unidos, Inglaterra, Francia, Alemania y China.

Códigos en uso: A. B. C. 5ª Edición. — Dirección telegráfica: TONSENLON. — Tegucigalpa. Correspondencia: ESPAÑOL.

COMPANIA DE TRANSPORTES GOMEZ & ESTRADA

Automóviles de lujo, de paseos y viajes. — PRECIOS EQUITATIVOS
EXACTITUD y HONRADEZ También ofrecemos NUESTRO TALLER DE REPARACIONES. — Teléfono 222 — CALLE REAL.

AGURCIA & Cía.

TEGUCIGALPA — IMPORTACION — EXPORTACION.

Fábrica de Azúcar y Hielo. ---Aserradera de Maderas.

Julio Azpuru España

MEDICO Y CIRUJANO

Especialidad en partos y enfermedades de niños

Casa del Dr. don Alberto. Bernhard.

PAPELERIA

DE ESTRADA, REYES Y Co.

Tegucigalpa, Honduras.

Dirigir las órdenes a Melchor Reyes

VAGGARO BROS & CO

R. R. & S. S. LINE

Los más rápidos vapores fruteros entre la Costa Norte de Honduras y los E.E. U.U. de América.—CEIBA—YORO.

En estos lujosos y cómodos vapores, contruidos expresamente para Vaccaro Bros S. S. Ltd., encontrarán los pasajeros todas las comodidades modernas, baños fríos ó calientes, luz eléctrica, salones, telegrafía sin hilos, cocina de primer orden, etc.

Los vapores atracan al muelle de New Orleans y La Ceiba. Para precios y demás informes, entenderse con S. D'ANTONI.

II. W. HULLINGHORST & Co.

LA CEIBA,--HONDURAS

—AGENCIA DE ASEGUROS CONTRA INCENDIO—

Todo propiedad en este recindario puede asegurarse —Oficina provisional: Hotel New York— Agencia de la Pan American Life Insurance Co

BANCO DE HONDURAS

Fundado el 19 de octubre de 1889

| | |
|----------------------------|----------------|
| Capital autorizado..... | 8 1.000.000.00 |
| Capital acordado..... | 600.000.00 |
| Capital suscrito..... | 417.500.00 |
| Fondos de reserva..... | 168.830.00 |
| Fondos por dividendos..... | 417.750.13 |

Oficina Central: Tegucigalpa Sucursales: San Pedro Sula,

VENDE GIROS

A LA ORDEN SOBRE NUEVA YORK, LONDRES, PARÍS, HAMBURGO Y MADRID.

AGENTES:

| | |
|--------------------------|---------------------------------------|
| Amapala..... | Teodoro Köhneke |
| Santa Rosa de Copán..... | P. Malery & Cia. |
| P. Cortés..... | P. Walter & Cia. |
| Ceiba..... | P. Devaux & Cia. |
| Tegucigalpa..... | Guillén & Doie |
| Comayagua..... | Elsa de Valenzuela |
| Juticalpa..... | Agencia Sucursal de Santo Soto & Cia. |
| Danli..... | " " " " " " |
| Choluteca..... | " " " " " J. Rössner " " |
| Nacaome..... | " " " " " " " " |

Plantaciones Cuyamel

Cuyamel, Honduras.

EXPORTADORES DE BANANOS
y PRODUCTOS DEL PAIS.

Se necesitan jornaleros.

Dirección telegráfica: Veracruz.

JOSE LEON LEIVA

León, Nicaragua—Establecido en 1900.

Atiende toda clase de negocios. Agente de casas extranjeras y del país. Compra y venta de giros, acciones de compañías, descuento de letras, bonos y plata. Agencia general de revistas y periódicos. Todo cuanto se le ofrezca, pídale a esta antigua y conocida casa.

Marmolería Italian **A**
LAS IDAS FUNERARIAS,
FABRICA DE LADRILLOS
Y CAÑERÍA DE CEMENTO
ROMANO. Fuerza hidráulica
COMAYAGUELA

Tegucigalpa, Calle de la Iglesia, N.º 6.

PABLO UHLER & CIA.

Tegucigalpa--Amapala.

Almacén al por mayor.—
Mercaderías generales.—
Compra toda clase de
productos del país.

LIBRERIA LANDA

COMAYAGUELA, HONDURAS.

Surtido completo de libros e útiles escolares. Música impresa de los mejores ediciones europeas y americanas. Servicio de suscripciones de Periódicos, Revistas, Magazines, etc.

PROPIETARIO. RAMON LANDA.

Solicita correspondencia de casas extranjeras y de casas editoras.

Derechos reservados